

Y todo esto equivale á reconocer que están eternamente condenados, y que su perversidad y malicia no son transitorias, como tratan de convencerlo los espiritistas, sino perpetuas, como se deduce de sus mismos principios y lo ha enseñado y enseña el catolicismo.

## CAPITULO XXVIII.

### SUMARIO.

La existencia de los demonios demostrada por la historia del antiguo espiritismo.—Los *agentes invisibles* han confesado y confiesan que son demonios.—Lucha entre el cristianismo y el paganismo.—Silencio de los oráculos atestiguado por los cristianos y reconocido por los paganos.—Testimonios de Estrabon, Juvenal, Plutarco y Porfirio.—Consecuencias de aquel hecho.—Los cristianos arrancando confesiones á los espíritus que cautivaban á los poseos.—Autoridad irrecusable de Tertuliano de Lactancio, de J. Cipriano y de Minucio Felix.

La historia del espiritismo dice lo mismo que se deduce de los principios de su solapada filosofía. En ponerlo de manifiesto nos vamos á ocupar.

Pero las negaciones son castillos de naipes que se derrumban á un soplo. Una afirmación basta para acabar con todas las negaciones hechas y por hacer.

Cuando el cristianismo estaba en mantillas, los pocos que se agruparon en torno de su cuna, se atrevieron á decir al paganismo que se sentaba en cien tronos, que lo que él llamaba dioses, no eran otra cosa que demonios, y por lo mismo, debía poner la barreta en sus templos y en sus altares. Y no solo lo decía, sino que lo demostraba con hechos que concitaban su cólera y sus iras.

A consecuencia de esto, el paganismo, viejo coronado que contaba sus partidarios por el número de pueblos poderosos que le servían, y el cristianismo, niño sin más ayuda que la bien mezquina de unos cuantos desvalidos que le miraban con interés, hombres sin poder, sin riquezas, sin génio y hasta tímidos y cobardes, se empeñaron en una lucha, la más encarnizada, la más desigual de que ha sido testigo presencial el mundo. La victoria, contra todas las evidencias, quedó por el niño. ¡Tan formidables fueron las armas con que combatió! Eran las armas de los mismos que le odiaban y le resistían.

Dos eran los argumentos de hecho poderosísimos que los primitivos cristianos oponían á los antiguos espiritistas, para convencerlos de que los que llamaban dioses y aparecían como los autores de los prodigios que admiraban, eran únicamente demonios: el primero, fundado en el acontecimiento histórico de haber entrado en silencio sus oráculos, enmudecido sus pitonisas y caído por tierra sus ídolos, precisamente en el tiempo en que el Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, comenzaba á tomar posesión de su herencia; y el segundo argumento, también de hecho, consistía en lo que ya hemos indicado, y es, que los cristianos de aquella época de fe arrancaban de los *agentes invisibles* que se hacían adorar por la tierra, resplandecientes confesiones que desconcertaban al moribundo paganismo; los hacían declarar en presencia de sus adoradores, que no eran dioses como se creía, ni almas de difuntos porque muchas veces querían ser tenidos, si no *espíritus engañadores*, verdaderos demonios.

Los argumentos no podían ser más tangibles, ni más directos; porque los hechos eran públicos y no se negaban. Los hechos eran tan ciertos, que los cristianos no vacilaban en desafiar á los gentiles obstinados en la superstición, pa-

ra que vinieran á oír de la boca de sus mismos dioses la confirmacion de lo que los apóstoles de la nueva religion aseguran. Muchos debieron su conversion á pruebas de tan alto grado de evidencia, tan robustas y tan flagrantes.

Y era forzoso; porque, ó no creían á sus dioses, y entónces los consideraban capaces de engañar, y con esto les negaban la infalibilidad que es atributo esencial de la Divinidad, ó los creían, y entónces tenían que reconocer que eran demonios.

El silencio de los oráculos y de los profetas de la gentilidad, es un hecho atestiguado por los cristianos, y reconocido por los paganos en cuyo tiempo tuvo lugar. No es una suposicion gratuita ni una invencion clandestina.

Cifaremos únicamente los testimonios de los últimos, porque su autoridad no es sospechosa ni recusable.

Estrabon, que escribia poco tiempo despues de Jesucristo, dejó consignado en dos palabras, que en su época el oráculo de Dódona y otros muchos habian enmudecido: *sed et oraculum Dodonaeum defecit, quaeamodum et reliqua* (1). Ju-

(1) *Strabo, Geogr. L, VII, sub finem, interprete G, Xilandro.*

venal dijo tambien que en sus dias el de Delito, ya no respondia á los que le consultaban:

..... *Credent á fonte relatum*

*Ammonis, quoniam Delphis oracula cessant* (1)

Statio secunda al poeta satírico:

.... *Mutisque diu plorabere Delphis* (2).

Lucano repite lo mismo que el autor de la Thebaida:

..... *Non ullo saeculo dono*

*Nostra carent majore Deum quam Delphica sedes*

*Quod siluit* (3).

Plutarco no es ménos explícito y claro. "Todos los oráculos," dice, con excepcion de dos ó tres, entraron en silencio; principalmente la Beocia, que ántes era una fuente tan fecunda en predicciones, no tiene ya más oráculo que el de Trofonio, único que dá respuestas (4)." Y tanta era su conviccion, que procuraba como filósofo encontrar la causa de ese silencio, ya en la naturaleza de los beneficios de sus dioses que no reputaba eternos, ya en la muerte de los génios que presidian los oráculos y que consideraba mortales, ya, en suma, en la falta repentina de

(1) *Sat VI.*

(2) *Thebaid L. VIII.*

(3) *Pharsal. 1 V.*

[4] *Plutarchus, I. De defectu oraculorum.*

las *exhalaciones*, por cuyo medio los dioses comunicaban á los hombres el don de profecía.

Empero las palabras de Porfirio son preciosísimas; este sábio ilustre, como le llama la "Ilustracion Espírita," toca el cáncer de la llaga y se expresa como un padre de la Iglesia. Hélas aquí: "No hay por qué maravillarse, dice, de que las enfermedades reinen en la ciudad ha tanto tiempo, supuesto que Esculapio y los otros dioses se han retirado de los hombres. Ninguno ha recibido un *beneficio público* de los dioses, desde que comenzó á ser adorado el Cristo (1).

Y en efecto, las anteriores palabras son preciosas, pues no solo se lamenta en ellas la cesacion de todo beneficio público, entre los que figuraban la curacion de las enfermedades y las respuestas de los oráculos, sino que se hace coincidir esto con el principio del reinado de Jesucristo en el mundo.

No resta otra cosa más que sacar la consecuencia del suceso histórico, tal cual se conserva por los historiadores, los poetas y los filósofos del paganismo.

El acontecimiento prueba de una parte, la divinidad del cristianismo y de su fundador; de

(1) *Porfirio Filosofía de los oráculos Apud. Euseb, Prep. Evang, Lib. 5.º*

otra, la usurpacion que de aquel tributo incommunicable, habian hecho los dioses paganos, y que éstos, léjos de ser dioses, como ántes lo habian persuadido con sus prestigios, no eran más que demonios, como despues lo pregonaban á su pesar, obligados por el superior poder de la nueva religion y por la eficaz virtud de los que entraban en su seno.

El otro hecho (el de que los mismos dioses confesaban ser demonios) que desenmascaró al antiguo espiritismo, aparece igualmente ó mejor todavía, pues no solo se le citaba como sucedido, sino que se provocaba á los que osasen negarlo, con la reproduccion. El lenguaje de los primitivos cristianos á este respecto, es de un vigor y de una energía tales, que no solo revelan la conviccion profunda de los que le empleaban, sino la notoria verdad de los que aseguraban sin sombra de vacilacion, ni asomos de embarazo.

Oigamos al rudo Africano en su célebre Apologética; notemos cómo reduce á sus últimos atrincheramientos á los demonílatras de aquellos tiempos. "Hasta aquí, dice, os he alegado razones; ahora os mostraré *hechos evidentes* que persuaden de que vuestros dioses no son otra cosa más que demonios. Que se lleve á la presencia

de vuestros tribunales alguno que esté verdaderamente poseído del demonio; si un cristiano cualquiera le ordena que hable, el infortunado espíritu confesará al punto que verdaderamente es un demonio, y no un dios como anteriormente lo había asegurado como falsedad: *tam se demonen esse confitebitur de vero quam alibi deum de falso*. Igual cosa hígase con uno de aquellos que se dicen inspirados por la divinidad, que reciben la inspiración con el humo y el olor de los sacrificios, que sacan con esfuerzo las palabras de su pecho y al respirar pronuncian oráculos. Preséntese la misma vírgen celeste que promete las lluvias; el propio Esculapio que prescribe remedios y ha prolongado la vida de Socordio, Thanacio y Asclepiadoto que debían morir al siguiente día: si uno y otro no declaran que son demonios, al cristiano que se los pregunta, (porque no se atreverán á mentir en su presencia) *derramad inmediatamente* la sangre de ese cristiano temerario." ¿Qué cosa hay más evidente, prosigue, que este hecho? ¿Qué prueba más segura y digna de crédito que aquella? La verdad aparece en ella con toda su sencillez; se hace sentir su fuerza, y no queda lugar para la desconfianza (1)."

(1) *Tert. Apolog*

No era únicamente Tertuliano quien fijaba en los lugares públicos este singular cartel de desafío y quien arrojaba á los paganos que recorrian las calles y las plazas, el guante, esperando en vano, se parase alguno á recogerlo. Eran todos los que llevaban escrito en su bandera el mismo símbolo de fe que aquel ilustre apologista.

La palabra de Lactancio no es ménos firme y segura que la de este; "Tráigase, exclama, á uno verdaderamente poseído del demonio, y si se quiere, á los mismos sacerdotes de Apolo; Uno y otros bramarán al oír el nombre de Dios, y Apolo saldrá de su falso profeta con tanta ligereza como el demonio del poseído. Y una vez arrojado y conjurado este Dios, su falso profeta enmudecerá y guardará silencio para siempre. Luego los demonios que los paganos execeran son los mismos que adoran como Dioses (1)."

San Cipriano sigue también la misma huella. "Estos malos espíritus, dice, se ocultan en las estatuas y simulacros consagrados. Con su soplo inspiran el númen de sus profetas, remueven las fibras de las entrañas de las víctimas, dirigen el vuelo de los pájaros, preparan las suertes y dan oráculos, mezclando siempre lo

[1] *Divin Inst. L. IV., c. 27.*

verdadero con lo falso. Sin embargo, los mismos espíritus conjurados por el verdadero Dios, nos obedecen al instante, se someten á nosotros, nos confiesan todo, y son obligados por nosotros á salir de los cuerpos que habitan. Se observa que nuestras oraciones redoblan sus penas, los agitan y los atormentan horriblemente. Se les oye quejarse, llorar, suplicar y declarar en presencia de sus adoradores, de dónde han venido y cuando se retirarán (1).” El mismo Santo invita al pagano Demetrio, á que venga, *ya que hace profesion de adorar á los dioses, á saber cuales son los dioses que adora* [2].

Por último; Manicio Félix hace valer con igual ventaja en contra del gentilismo esta prueba de hecho que no tiene otra respuesta que someterse á ella y callar. “La mayor parte de vosotros, dice, sabeis que los demonios mismos confiesan que son los autores de todas nuestras supersticiones siempre que por nuestras oraciones los arrojamos de los cuerpos de que se apoderan. El propio Saturno, Serapis, Júpiter, y todos los otros demonios que adorais, declaran entónces lo que son. Y en verdad que no es creíble que mientan, para deshonorarse á sí mis-

(1) *S. Cip. De Idolorum Vanitate.*

[2] *Contra Demetrium.*

mos, ni ménos delante de vosotros. Creedlos, pues, y reconoced, que son demonios, supuesto que de ello es garantía precisa su testimonio (1).”

Detengámonos un momento al resplandor de tanta luz, y véamos cómo es una verdad apoyada en la historia del espiritismo antiguo, la existencia de los demonios, que hablaban en las estátuas de los ídolos como hoy hablan en las *mesas giratorias*, que profetizaban por boca de las pitonisas, como hoy profetizan por boca de los *mediums*. Es la voz de los mismos *agentes invisibles* la que responde hoy de la verdad de nuestra doctrina y de la certeza de nuestra palabra.

(1) *Minut Fel. In Octavio*